

ve a su colada. Este Benito—piensa—es un hombre terrible! Cuando nos mira no sabemos lo que nos pasa. No es extraño que todas las muchachas del pueblo corran detrás de él. No hay quien sepa tocar el violín como él. Seguro que con su música ganaría más dinero que con su política y sus periódicos. ¡Pero, cualquiera le quita las ideas de la cabeza!

Y Raquel la emprendió de nuevo con su canción, aunque con deajo más triste:

Abbiamo dormito sul nudo terreno.

(Hemos dormido sobre el desnudo terreno).

Detrás de ella, una voz fuerte terminó el estribillo:

E in América sí lunga, sí larga,
traversata da fiume e montagne,
con l'industria di noi Italiani
abbiam fondato paesi e citá.

(Y en la América tan larga y tan ancha, atravesada por ríos y montañas, con la industria de nosotros los italianos hemos fundado países y ciudades).

Raquel se volvió. ¡Dios mío, era él!

Una pequeña barba negra sobre sus hundidas mejillas. Sus ojos brillantes bajo el ala del gran sombrero. Una pelerina flota sobre sus hom-

bros. Lleva en los brazos la caja

—Buenos días,

—Buenos días,

Mussolini se da la mano a la muchachita. Hace un año que no la he visto cien veces, pero ella sigue igual. Es rubia y fresca. Parece rejuvenecer sólo cuando está con Raquel. Raquel enrojeció al verlo. El revolucionario le dio un beso en la garganta. El no se acordaba de nosotros.

—Raquel—le dijo—, ¿cómo va de la casa cuando estás sola?

Cuando llegó la noche, Raquel se fue a pasearse a la plaza. Allí había vares.

Se le habían dado algunos partidos ventajosos. Él se había cruzado con ella una vez. Se había cruzado con una muchacha marroquí y con unos ojos de turquesa. Raquel Carducci y hablaba italiano. Benito dio con ella una vez. Compuso para ella una canción.